D. ADOLFO DE LA CALLE

POR EL CAMBIO DE UNA LETRA

Juguete en un acto y en prosa

Estrenado con gran éxito en el Teatro Lope de Vega, de Valladolid, el día 13 de noviembre de 1925

VALLADOLID
Imprenta de la Casa Social Católica
1925

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.° de la procedencia
4873

POR EL CAMBIO DE UNA LETRA

Por el cambio de una letra

Juguete en un acto y en prosa

Original de

D. ADOLFO DE LA CALLE

Estrenado con gran éxito en el Teatro Lope de Vega, de Valladolid, el día 13 de noviembre de 1925

VALLADOLID
Imprenta de la Casa Social Católica
1925

PERSONAJES

DOÑA REMEDIOS
MILAGROS
DON JOSÉ
ANTONIO
ARISTIDES
PANCHO
LUCAS (Criado)

LA ESCENA EN VALENCIA

La escena representa un gabinete elegante con puertas al foro y dos laterales; sobre las sillas y mesa jaulas con pájaros; en el centro velador con libros. Al levantarse el telón aparece Lucas (criado) limpiando jaulas.

ACTO UNICO

LUCAS. Limpia, Lucas, limpia sin cesar. Todo el día andando con pájaros y jaulas, cuando no son los canarios, las palomas o los ruiseñores ocupan todo mi tiempo. ¡Qué fastidio! Se necesita estar tan chiflado como lo está mi amo, para soportar el trato continuo de tanto animal como hay en esta casa. Por supuesto que si a Don José le dá por las aves, no digamos nada de su esposa Doña Remedios ¡Jesús que Señora! Siempre anda con libros a vueltas y dice cada disparate que es el disloque. Y la niña, la señorita Milagros, ¿puede haber un tipo máz fastidioso? ¡Cuidado con los caprichitos que tiene! Ahora se le ha metido en la mollera que tiene que encontrar un tango cubano que se llama *Pancho* y hasta lo ha anunciado en todos los periódicos. Don José en hallar una paloma de no se qué raza, y todo el que viene a casa se cree que es el encargado de traerla... Les digo a ustedes que esto parece una sucursal de Leganés...

PANCHO. *(Entrando por el foro se deja caer en una butaca)*... ¡Gracias a Dios que l egué!

LUCAS. Muy buenas noches. Tome usted asiento sin cumplido (¡Quién será este tío tan fino!) ¿Quiere usted hacerme el favor de cubrirse y decirme a quién tengo que anuciar?

PANCHO. A... Pancho.

LUCAS. Concho... ¿Y quién es Pancho?

PANCHO. Quien a usted no le interesa. Usted cumpla anunciándome.

720827

LUCAS. Le advierto a usted que los señores no se encuentran en casa y que únicamente está la señorita Milagros.

PANCHO. ¿Está ella? Pues dígale usted que está aquí Pancho el que esperaban... ¿Cómo se llama el dueño de esta casa?

LUCAS. El padre de la señorita Milagros se llama José Pérez.

PANCHO. ¿José Pérez? (Justo mi tio)... Bueno pues anúnciame a la señorita.

LUCAS. (Este debe ser algo de los señores.) Voy enseguida... *(Vase primero derecha.)*

PANCHO. (*Sacando una carta*). Leamos otra vez: Valencia 25 de Febrero de 19... Yo creo que aquí dice Valencia... Alencia. Está borrada la primera letra, algún olvido de mi amante tio, hizo tragarse la V. Pero no hay duda es Valencia y vive según dice el criado en esta misma casa... Mi querido Pancho: esta es para decirte como que tengo muchas ganas de estrecharte entre mis brazos... (Conque estrecharme ¿eh?... no seré yo quien lo consienta...) No te conozco (¡Aprieta!) mas que por retrato, y mi hija que es tu prima (es natural)... quiere abrazarte también (¡hola! ¡hola!) Ya sabes que te he destinado para ser su esposo y ella arde y yo también... (¿De qué combustible serán mis parientes que se inflaman con tanta facilidad?) también ardo en deseos de conocerte... (Señores me estoy figurando a mi prima más fea que un demonio...) Sigamos. Afortunadamente mi capital es hoy, de alguna consideración y la chica no irá desnuda... (Tendría que ver que me la entregaran en paños menores)... Embárcate para la península en la fecha que recibas esta y ven directamente a esta tu casa. Pregunta por mí a cualquiera de este pueblo y enseguida te enseñaran donde vivo... (Este tio debe ser persona muy distinguida, cuando todo el mundo le conoce en Valencia)... Estudia la manera de presentarte en

casa, porque tu prometida está algo delicada y una emoción demasiado violenta podía perturbar su razón...Te quiere mucho tu tío, *José Pérez*...»

En efecto, después de leer este interesante documento me embarco, llego con toda felicidad a Valencia y a costa de grandes molestias consigo hallarme en casa del cariñoso tio que me ofrece mujer y fortuna. Yo no les conozco, ni ellos a mí tampoco... (*Pausa*) ¡Valiente plancha si me hubiese equivocado!...

MILAGROS. (*Primero decha.*) ¡¡Caballero!!...

PANCHO. (¡Gran Dios, que bella es! Disimulemos). ¡Señorita!...

MILAGROS. ¿Con que al fin pareció lo que tanto deseaba?

PANCHO. Sí, al fin llegó y no he querido retardar un momento el placer de venir... (Razón tiene mi tío; no se que encuentro de extraño en su mirada...)

MILAGROS. ¡Gracias! ¡Gracias!...Pero tome usted asiento (*se sientan ambos.*) Será muy bonito ¿verdad?

PANCHO. (Pero que dice, ¿que seré bonito?) ¿Pues no me está viendo?)

MILAGROS. ¡Ah, caballero!, no puede usted imaginarse lo que deseaba tenerle ante mi vista.

PANCHO. (Me parece que me ha conocido ya.)

MILAGROS. (*Con gran romanticismo*). Yo soy muy sensible: soy una rosa de Alejandría expuesta a las inclemencias de los huracanes. Mis pétalos los recoge el aire en sus constantes iras, los hace vibrar en demasía y termina rompiéndolos sin compasión.

PANCHO. (Completamente ida...)

MILAGROS. Yo sueño y en el sopor que se baña mi ardiente fantasmagoría, compone, crea, concibe y...

PANCHO. (¿Le habrá causado efecto mi presencia y empezará?...(*Acción de trastornarse*).

MILAGROS. Aquello que se forjó mi mente tiene que verlo realizado. Hace algún tiempo me vi atacada de esa

especie de nostalgia en que la imaginación suele sumergirse: soñé...

PANCHO. (Por lo visto esta se pasa el tiempo durmiendo).

MILAGROS. Soñé que cantaba a dúo un tango cubano titulado *Pancho*, y fué tal el deseo que desde entonces se apoderó de mí, por ver realizado ese lírico capricho que no hubo persona a quien no encargara su busca, ni publicación de importancia donde dejara de anunciar lo que al fin usted a venido a traerme... ¡Gracias! ¡Gracias!...

PANCHO. (Pues señor, no me ha conocido. ¡Que lástima que esté tocada de la cabeza, tan bonita como es!)

MILAGROS. ¿Y hace mucho tiempo que lo canta usted?

PANCHO. ¿El qué?...

MILAGROS. El tango, hombre.

PANCHO. !Ah!, si, el tango hace...(No la contrariaremos)... Hace... mucho... que lo canto.

MILAGROS. ¡Ah! mi sueño se ve realizado al fin. ¿Tendría usted inconveniente en cantarlo?. ¡Quiero embriagarme!...

PANCHO. (¿Quiere embriagarse? ¡Que ordinaria!)

MILAGROS. Embriagarme, sí, con la dulce melodía de ese americano canto. Pasemos al gabinete: ahí está el piano y puede usted acompañarme al mismo tiempo.

PANCHO. ¡Dios mío si no se cantar!: pero quién la contradice con los antecedentes que tengo!)

MILAGROS. Entremos ¡Ah! mientras dure su armonioso canto Apolo reirá desde su trono. *(Entrando)*.

PANCHO. (¿Apolo?) ¿Quién será ese caballero? Pues como traten de reirse de mi les rompo un hueso.) *(Entran primero izquierda.)*

LUCAS. *(Foro.)* Puede usted pasar caballero, y esperar que avisaré a la señora.

ARISTIDES. Muchas gracias... Nada yo me decido a colocar mi tango. Creo que no me he equivocado, veamos *(saca un periódico y lee en los anuncios)* Seguros de vida... Para conservar el cutis... Manzanilla «Los

Gallos»... no... aquí está; se adquirirá pagándolo bien tango *Pancho*. Este *Pancho* debe ser cubano cuando tanto le gusta el tango.. Darán razón, calle del Nuncio, n.º 33, 3.º derecha.

REMEDIOS. ¡Caballero!...

ARISTIDES. Beso a usted los pies.

REMEDIOS. Tome usted asiento y hágame relación suscinta de lo que le trae a esta mansión.

ARISTIDES. Con permiso (*Se sientan.*) ¿Es aquí donde habita Don José Pérez?

REMEDIOS. Justamente, es mi señor cónyuge.

ARISTIDES. Mucho gusto...Pues bien señora: Yo soy Aristides Paniagua, hijo de Paco. .

REMEDIOS. (*Cortándole rapidamente.*) Si, si...ya caigo...Paco o lo que es lo mismo Pancho. (Sí el amigo de Pepe, el que conoció en Cuba).

ARISTIDES. Y venía...

REMEDIOS. No diga usted más, ya lo sé...

ARISTIDES. (Pero ¿que sabrá esta rídicula señora?...) Pues ya que lo sabe usted, me alegro y créame que me encantaría que les llegara a agradar.

REMEDIOS. Ya lo creo que le agradará. Verá usted cuando perciba la noticia, mi amante compañero... Imaginese que hace infinitos años, que anda a la caza del ú timo ejemplar que le queda para completar la colección. Escribió a todas partes del extranjero (*Recalcando*) a Sevilla, Valencia, Barcelona incluso a la Habana: publicó la noticia en no sé cuantos periódicos, pero ni por esas: de forma que cuando sepa que usted es el portador, se vuelve demente... Voy a llamarle...¡Lucas!...

LUCAS. ¿Llamaba la señora?

REMEDIOS. Avisa el señorito que salga lo antes posible, que aquí le esperan.

LUCAS. Al momento (*Vase.*)

ARISTIDES. Cuanto me alegro haber llegado a tiempo, porque tengo la convicción absoluta de que nadie les pre-

sentaría el auténtico ejemplar: !existen tan pocos ya de esta clase!

LUCAS. (*En el foro.*) Señora, el señorito no está en casa, acaba de salir hace un momento.

ARISTIDES. En este caso con permiso de usted me voy a retirar y quiere decir que volveré a la hora que me indique, pero le ruego que le haga presente el objeto de mi visita.

REMEDIOS. Bien, le traspasaré verbalmente lo que le traía a esta casa, que es la de usted con permiso de mi Pepe, y tenga por seguro que le esperará con impaciencia, a las catorce, hora oficial, que se encontrará de vuelta.

ARISTIDES. (¡Qué cursi es esta señora!) Perfectamente a los pies de usted. (*Retirándose.*)

REMEDIOS. Le beso a usted su mano, caballero... Qué contento va a ponerse Pepe, cuando sepa que ya ha encontrado la paloma que tanto deseaba para completar la colección. Voy a sus habitaciones a esperarle y le daré esa buena noticia. (*primero decha.*)

LUCAS. Pase, usted señorito Antonio...

ANTONIO. (*Corto de vista y tartamudea.*) Por poco me ca... caigo al subir las escaleras. ¿Y la se...señorita Milagros?...

LUCAS. (Ayer no me quiso dar propina y hoy me las va ha pagar). Está en el gabinete con él.

ANTONIO. ¿Con quién? (*Extrañado.*)

LUCAS. Con el joven que esperaban. Ya ha venido y se ha puesto tan contenta que es un placer verla.

ANTONIO. ¿Un jo...jo...ven? No tengo noticias de que esperase a nadie. Di...di...me lo que haya sobre el particu...cular.

LUCAS. No tengo nada que decir. Si los quiere usted ver en ese gabinete se encuentran tocando el piano a cuatro manos. Me retiro...

ANTONIO. Lu...lucas, escúchame.

LUCAS. No puedo...Además, que me han prohibido que hable y...

ANTONIO. Por la Vir...gen, escucha. Toma (*Le dá unas monedas*) y cuéntame to...todo lo que sepas.

LUCAS. Yo no sé mas que él me dijo: Dile a tu señorita que ya ha venido lo que esperaban, que aquí está Pancho. Fuí, se lo dije a ella, y se puso contentísima exclamando: ¡Gracias a Dios que me lo han traido¡ Es tal el deseo que tenía de conocerlo que por muy feo que sea me ha de parecer precioso. Nada le digas a mi prometido. (*Antonio nervioso se pasea por la escena*), el señorito Antonio, pues quiero guardarle este secreto hasta que nos casemos. En la noche de boda le proporcionaré la sorpresa de que le oiga cantar por primera vez.

ANTONIO. ¿Conqué can...canta tan bien?

LUCAS. Nada le digas prosiguió, por que no quiero que nadie le escuche hasta tanto que yo le conozca bien a fondo, para lo cual me encerraré en mi gabinete diariamente durantes tres horas, y allí, donde nadie me oiga ni vea, le tocaré a mi gusto.

ANTONIO. (*Muy incomodado*) Ca...ca...nalla, infame; ella no ha podido decir eso; ella es una se...señorita y tu un mi...mi...miserable calumniador, que voy a matar ahora mismo. (*Corre tras él en actitud amenazadora.*)

LUCAS. (*Deteniéndole.*) Señorito, por Dios, que es verdad lo que he dicho...Esas fueron su palabras. No se altere usted de esa manera y convénzase mirando por el ojo de la llave. (*Vase*).

ANTONIO. Tiene razón. (*Se acerca y observa.*) ¡Ah! ci...ci... ciertos son los toros: la infa...infa...infame me engañaba...Está bien yo sabré lo...lo que hacer... Adiós. (*Al salir tropieza en el foro con Don José.*)

JOSÉ. Pero, hombre, que loco eres. ¿Donde vas con ese aire?

ANTONIO. Al ca...ca...casino a escribir una carta. .

JOSE. ¿Y qué necesidad tienes de ir al casino cuando puedes escribir aquí?

ANTONIO. Ya...ya...lo sabrá usted luego...Adiós. (*Vase foro*).

REMEDIOS. ¿Qué dice ese mamarracho?

JOSE. Nada: es un palomo atontonado que tiene la cabeza a pájaros, pero confío en que ha de ser un buen marido y un buen padre de familia.

REMEDIOS. Sí, pero tan ridículo como tú. !Mira que ir por esas calles de Dios con una jaula, a veces no muy limpia, con la misma tranquilidad que el que lleva un bastón o un paraguas!...

JOSE. No hables de ridiculeces cuando con más años que un loro te atreves a salir a la calle con esos vestidos que más bien pudieras llamar camisas.

REMEDIOS. Como se conoce que eres anticuado.

JOSE. Si ya se que predico en desierto, que todo es evolutivo y que vamos a pasos agigantados a la hojita de parra.

REMEDIOS. ¿Y qué tiene de particular eso?

JOSE. Nada, si está muy bonito; pero dejémonos de tonterías y vamos a lo que interesa. ¿Habrá llegado el joven cubano que tanto deseaba?

REMEDIOS. Si por cierto, y me dijo que traía el auténtico ejemplar y que volvería más tarde.

JOSE. ¿Qué me dices? ¿Cómo no me has dado antes la noticia?

REMEDIOS. Se me había pasado, tengo tantas cosas en mi cabeza que no me preocupaba otra cosa que el estudio de la ciencia. Vaya, hasta luego. (*Vase primero derecha.*)

JOSÉ. ¡Qué calamidad es una mujer como la mía! ¡Lucas, Lucas! ... Colocaremos esta paloma (*dejando la jaula en su sitio*), en el lugar que le corresponde. Llevo estudiadas 380 especies; nadie ha podido reconocer mas de 350, pero yo con la que me traerá el joven cubano que espero, podré contar con el 381. Ya está... ¡Lucas! ¡Lucas!

LUCAS. ¡Señor!

JOSE. ¿He tenido cartas? ¿Ha venido a buscarme alguien?

LUCAS. Si señor, ha venido un joven que dice ser el que esperaban y que se llama Pancho. En este momento

toca el piano a cuatro manos con la señorita Milagros.

JOSE. ¿Pancho? ¡Dios mío, este es el que me trae la paloma que me faltaba!... justo. Pancho es un nombre cubano, Pancho... Panchito. Anda dile que tenga la bondad de salir (*va a marchar Lucas.*) Mira que pongan un cubierto más en la mesa, o si no dos, porque ese joven debe tener mucho apetito...Ya ves viene desde la Habana. (*Vase Lucas*) ¡Qué placer! ¡Ya tengo el ejemplar que me faltaba! Es verdad que me cuesta algo caro, porque le ofrecí al padre de Pancho, digo, yo creo que este será su hijo, nada menos que mi yegua torda Corina a cambio de esa paloma. ¡Mire usted que una yegua por una paloma!: Pero, amigo, las palomas de este género van escaseando de un modo pasmoso. ¡Ah!, ya está aquí; qué guapo y qué simpático es ..

PANCHO. ¡Caballero!...

JOSE. (Tiene un excelente angulo facial.)

PANCHO. (Disimula, pues yo también.)

JOSE. Vamos, tome usted una silla y hablemos sosegadamente ¿Conque ha traido usted eso?

PANCHO. (¿El tango otra vez?) (Vamos le da más importancia a la música que a su sobrino)...Sí señor.

JOSE. Vaya bien, hombre bien. ¿Y es nuevo?

PANCHO. Si señor; enteramente nuevo: hará solo tres meses que vió la luz...

JOSE. Precisamente es lo que yo deseaba: cuanto mas nuevo mejor. Y dígame ¿es muy bonito?

PANCHO. (Pero, señor, qué gente más original.) Yo le ruego que me trate con igual franqueza que en las cartas; suprima ese usted, que en su boca me hace daño oirlo.

JOSÉ. (¡En las cartas!) Bueno, después de todo mi edad me autoriza, con que...

PANCHO. Sí, señor, sí, repito que lo he traido; pero antes que hablemos de esto quisiera que nos ocupáramos

de ella. (Quiero saber a qué atenerme respecto á prima Milagros.)

JOSÉ. ¿De ella?... (¡Ah, vamos!; de la yegua que le doy a cambio de la paloma.) Bueno, bueno; ¿qué es lo que deseas saber?

PANCHO. Hombre, sus condiciones, claro está.

JOSÉ. Pues, te diré: es docil como pocas, muy noble, buena moza, más blanca que la leche y con un precioso lunar en la frente.

PANCHO. ¿En la frente? (Nada le he notado) ¡En que sitio le ha ido a salir el lunar! Es verdaderamente extraño.

JOSÉ. ¡Extraño! Hombre pues si eso se ve todos los días... Además, tiene cerca de cuatro dedos.

PANCHO. (Entonces tendrá tres y uno pequeño; pues no me he fijado.) Diga usted, y ¿en qué mano los tiene?

JOSÉ. Sobre la marca... (Este chico parece tonto.)

PANCHO. (Ignoraba que tuviera marca alguna.)

JOSÉ. Yo hace mucho tiempo que no la acaricio, de modo que estará un poco resabiada...

PANCHO. (¡Qué lenguaje!) ¿De modo que tan mal genio tiene?

JOSÉ. ¡Es terrible! Como tenga deseos de salir y se la contraríe, es inaguantable, muerde, pega patadas...

PANCHO. (¡Caramba con mi primita!) Bueno es saberlo.

JOSÉ. Pero tú, seguramente, le quitarás esa costumbre; porque supongo que será para tí, no para tu padre.

PANCHO. ¡Hombre, qué barbaridad! Pues claro que es para mí. Pero me extraña que haga tanto tiempo que no la ve usted teniéndola en casa.

JOSÉ. Te diré; padezco de dolores reumáticos en una pierna, y francamente le tengo miedo.

PANCHO. ¿Pero qué está usted diciendo tío?

JOSÉ. (Creo haberle oído llamarme tío) ¿Por qué te admiras? Vamos, tu con tus pocos años no concibes que se tenga tal prenda sin estar todo el día a su lado, pero escucha con calma: si yo no lo he hecho antes es porque a mi edad se teme a cualquier

cosa, en cambio mi amigo Antonio la saca a paseo con mucha frecuencia.

PANCHO. ¡Antonio! Pero, ¿usted delira?

JOSÉ. Sí, hombre, sí.

PANCHO. (Vaya, esto no se puede sufrir con paciencia.)

JOSÉ. Mira, en eso soy más complaciente que la generalidad: cuando alguno quiere salir con ella, con tal de que sea de confianza, ya estoy dándosela.

PANCHO. *(Asustado.)* ¡Pero!...

JOSÉ. No hay amigo mío que no la acaricie, y ella tan quieta; ya pueden pasarla la mano por donde quieran, que no hay cuidado que se moleste.

PANCHO. (¡Qué falta de pudor! ¿Será este tío el loco y no mi prima? Yo lo averiguaré; entre tanto tengamos paciencia.) Bueno, bien.

JOSÉ. Además, no quiero engañarte, reservaba lo que voy a decir por si acaso pierde algo de su valor si llega a saberse...

PANCHO. ¿Otro nuevo misterio? Hable usted.

JOSÉ. Ha tenido un hijo...

PANCHO. *(Se levanta furioso.)* ¡Zambomba! ¡Con que ya ha sido madre! ¡Y para esto he venido yo de Cuba! Es usted un tío detestable.

JOSÉ. (¿Otra vez tío? Pues como me lo llame la tercera le doy un susto.)

PANCHO. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Cruzar el Océano, abandonar mi destino y exponerme a los peligros de un viaje tan largo, para verme burlado de esta manera.

JOSÉ. (Pero señor que mal efecto le ha causado la noticia; no creo que sea para tanto.) Tranquilízate hombre, yo te garantizo que quedó muy bien y que únicamente lo saben mis amigos de Valencia, de manera que en el momento que la lleves a otro pueblo queda la noticia en el misterio.

PANCHO. ¡Basta!, ¡basta!... No una usted el sarcasmo a la burla. Me marcho para no volver jamás, y yo le

juro que de su infamia sabré tomar venganza. *(Váse foro.)*

JOSÉ. ¡Escucha, hombre, escucha! No seas tan súpito... Nada, se fué. ¡Y yo que contaba con el número 381! Siento más lo ocurrido que una desgracia de familia. ¿Pero por qué se habrá incomodado ese demonio de hombre? No creo haberle dicho nada que pudiera ofenderle: que mi yegua tuvo un hijo, ¿qué tiene eso de particular?... Llamaré a Milagros a ver si ella se explica este misterio. ¡Milagros!... ¡Milagros!... Hazme el favor de venir.

MILAGROS. ¿Me ha llamado usted papá?

JOSÉ. Sí, acércate. ¿Conoces a ese hombre que acaba de salir?

MILAGROS. No se de quien habla usted.

JOSÉ. De Pancho; de ese caballero portador del número trescientos ochenta y uno.

MILAGROS. ¡Ah, sí! Le conozco porque él me trajo el tango que deseaba... ¡Al fin vuelve a ser dichoso el canario! *(Con romanticismo.)*

JOSE. ¿Qué canario?

MILAGROS. Yo hablo en sentido metafórico.

JOSÉ. Pues, entonces, el canario vuelve a ser desgraciado, porque el pájaro voló.

MILAGROS. ¿De qué pájaro habla usted?

JOSE. De qué pájaro voy a hablar, de Pancho, que tomó el olivo.

MILAGROS. ¡Que se ha marchado!; no puede ser, yo lo necesito, que me lo traigan enseguida. Comprenda usted la desgracia que me amenaza cuando aun no he aprendido la segunda parte... ¡Lucas!... ¡Lucas!...

JOSE. *(Con sorna.)* ¿Que te amenaza una desgracia? Entoncees que no se detengan... ¡Lucas!...

LUCAS. *(Desde la puerta.)* ¿Me llaman los señores?

MILAGROS. Vaya usted corriendo en busca del señor Pancho; ya sabe usted, el que ha venido de Cuba.

LUCAS. Pero, ¿dónde estará?

MILAGROS. Hombre, por Valencia, corra usted.

LUCAS. ¡Está bien! *(Váse.)*

MILAGROS. *(Marchando a sus habitaciones.)* Padre mio, yo soy una golondrina...

JOSE. Mejor dirás un golondrino que me ha salido para mi tormento... Va, va, yo voy a arreglar mis palomas, que las tengo descuidadas con estas cosas. *(Váse segundo derecha.)*

REMEDIOS. Señor, qué movimiento y qué ruído hay en esta casa, parece que ocurre algo extraordinario. Es claro, abstraída en el estudio de la ciencia apenas me queda espacio para enterarme de las miserias que pasan a mi a rededor.

PANCHO. *(Entrando.)* ¡Señora!...

REMEDIOS. ¡Caballero!...

PANCHO. El criado de don José me ha encontrado a pocos pasos de esta casa y me ha dicho que la señorita Milagros me llamaba. Había jurado no volver aquí, pero, la verdad, no he podido resistir el deseo de complacer a mi desgraciada prima.

REMEDIOS. ¿Quién es su prima, caballero?

PANCHO. Quien ha de ser, la señorita Milagros.

REMEDIOS. ¿Usted primo de Milagros? No lo reconozco a usted por sobrino.

PANCHO. Ni yo a usted por tía.

REMEDIOS. Entonces, ¿qué misterio es este?

PANCHO. Misterio, ninguno; sino que don José me escribe diciendo que venga; que llego y hace que no me conoce; que me ofrece la mano de mi prima Milagros y que luego resulta un niño por medio; que...

REMEDIOS. ¿Pero qué disparates está usted diciendo; a qué niño se refiere usted?

PANCHO. Al hijo que tuvo la hija de don José.

REMEDIOS. ¡Dios mio! ¿Qué ha dicho usted? ¿Un hijo Milagros?... ¡Eso es falso! ¡Ay!... *(Cae desmayada en los brazos de Pancho.)*

PANCHO. Hombre, mire usted que contratiempo haberme encontrado con esta pobre señora, que será algo

de la familia y quizás ignora la falta de Milagros. Soy un majadero...

JOSE. *(Desde la puerta.)* ¡Qué veo! ¡Mi esposa en los brazos del cubano! ¿Podrá usted explicarme caballero qué es lo que ha podido emocionar de ese modo a mi consorte?...

REMEDIOS. *(Volviendo en si.)* ¡Ay! ¿Qué es esto? *(Dirigiéndose a don José, que quedará estupefacto hasta la nueva escena.)* ¿Qué ha pasado?

JOSÉ. Eso pregunto yo: ¿qué ha pasado?

REMEDIOS. *(A Pancho.)* Caballero, eso es una infame impostura.

PANCHO. ¡Impostura! Mi tío me lo ha dicho, calcule usted si lo sabrá.

REMEDIOS. Pero si no puede ser ¿Quién es el padre de esa criatura? Aquí no entra más hombre que Antonio, y ese es incapaz...

PANCHO. Pues ese es justamente. (Digo, yo me lo figuro porque es el que la sacaba a paseo.)

REMEDIOS. ¡Ah!; ya lo comprendo todo, he sido vilmente engañada.

PANCHO. (Lo va a descubrir todo y mi tío me encargó que guardara el secreto.) *(En voz baja a Remedios.)* Señora, no abuse usted de la confianza que me ha merecido y calle ese horrible secreto.

MILAGROS. ¡Mamá!... ¡Mamá!...

REMEDIOS. ¡Infame!...

MILAGROS. ¿Por qué me llama usted infame?

PANCHO. *(Cortando.)* Señorita, deseo hablarla un momento. Tomemos asiento. *(Se sientan a la izquierda y hablan en voz baja.)*

JOSE. *(A Remedios.)* ¿Qué significa todo esto? Habla, o los sordos nos van a oír. *(En este momento va a entrar Antonio y se detiene a la puerta.)*

REMEDIOS. ¡Miserable, con que me has ocultado la deshonra de esa desgraciada!

JOSE. ¿Qué desgraciada, de quién hablas?

REMEDIOS. De quién ha de ser, de tu hija; de nuestra hija Milagros.

JOSE. ¿Mi hija deshonrada? ¡Habla, dímelo todo, o vive Dios, que hoy se hunde la casa!

REMEDIOS. ¡Hipócrita! ¿Crees tú que ignoro que Milagros tiene un hijo?

JOSE. ¿Un hijo?... ¡Mentira!...

ANTONIO. Ca... ca... caballero, también lo dudaba yo, pero me... me he con... convencido de que es verdad.

JOSE. También tu, voy a... No, si no puede ser, eso es una locura. ¿Quién es el seductor? Nombradle. *(Se coloca en medio.)*

ANTONIO. ¿Que lo nombre?

JOSE. Sí, hombre, sí.

ANTONIO. Pues, Pan... Pan...

JOSE. ¿No has comido?

ANTONIO. Digo que Pan... Pancho.

JOSE. ¿Ese? ¡Imposib'e!...

REMEDIOS. No, eres tu el infame que has deshonrado a m hija.

PANCHO. (¡Qué oigo!, ¿con que es verdad?)

JOSE. Pero, señor, en qué quedamos, ¿es éste o aquél el seductor? Vamos, decírmelo claramente porque me voy a beber su sangre...

ANTONIO. (No tengo ni...gota de sangre en las ve...ve...nas. ¡Si habré si... si... do yo sin saberlo!)

JOSÉ. (*A Antonio.*) ¿Eres tú el seductor?

ANTONIO. No, señor, yo... yo... yo... creo que no.

JOSÉ. (*A Pancho.*) Entonces, lo ha sido usted.

PANCHO. (*Que está entretenido hablando con Milagros.*) ¿El qué?

JOSÉ. El seductor de mi hija.

PANCHO. (*Por Antonio.*) El señor.

MILAGROS. (*Acercándose.*) ¿Pero qué están ustedes diciendo? Yo soy tan pura como el ave que trina suave y cuyos gorgeos imponen su virginidad a!...

LUCAS. ¡Un continental! (*Vuelve a marcharse.*)

TODOS. ¡A ver, a ver!

JOSÉ. (*Leyendo.*) Señor don José Perez.

REMEDIOS. ¿Qué será?

JOSÉ. (*Leyendo.*) «He llegado hoy en el correo con paloma mensajera, leído el anuncio de Milagros le traigo también tango cubano. Luego pasaré a saludaros. Paco.»

PANCHO. (¡Cataplún, la casa se vino al suelo!)

JOSÉ. Entonces, ¿quién es usted? (*A Pancho.*)

REMEDIOS. Eso es, ¿a qué vino usted aquí?

MILAGROS. (Otro tango. No me desagrada.)

PANCHO. ¿Que quién soy? Su sobrino de usted; se acabaron los fingimientos.

JOSÉ. ¿Qué sobrino, si yo no tengo ninguno?

PANCHO. ¿Conque no es usted primo hermano de mi padre? ¿Conque no me ha escrito usted una carta diciendo que ardía en deseos de conocerme? ¿Conque no me había elegido para esposo de su hija ofreciéndome..., vamos, que no iría desnuda?...

REMEDIOS. ¡Hombre!... Usted es un impostor, a quien vamos a mandar que lo prenda la policía... Ni usted es sobrino mío, ni...

PANCHO. ¡Mire usted que esto es grande! ¿Qué mi importa a mí que usted no sea mi tía? Si mi tía, la esposa de mi tio, murió hace un año...

REMEDIOS. ¡Qué oigo! ¿Otra esposa has tenido?

JOSÉ. Pero, hombre, ¿quiere usted no meter más líos?

PANCHO. O yo no hablo en castellano o me quieren ustedes volver loco.

REMEDIOS. Si, tal vez sea verdad... cuando estuviste allá en Cuba. ¿No es eso?... ¡Polígamo¡ ¡Asesino! (*Furiosa.*)

MILAGROS. Caballero, sepa de una vez que mi papá don José, es esposo de mi mamá doña Remedios...

ARISTIDES. (*En el foro.*) ¿Se puede pasar?... (*Todos vuelven la cabeza y José se adelanta y lo abraza, confundiéndole con el hijo de su antiguo amigo.*)

JOSÉ. Adelante. ¡Caramba, qué ganas tenía de verte!

REMEDIOS. ¿Pero le conocías ya?...

JOSÉ. Personalmente no; pero lo he sacado porque es mismamente el retrato de su padre: la nariz es igual, exacta.

ARISTIDES. (Yo creo que me ha confundido, pero con tal de que se queden con el tango seguiremos la corriente.) Bueno, pues ya me tienen aquí dispuesto a hacer entrega de lo que tanto deseaban.

JOSÉ. Te quedarás a comer con nosotros, ¿verdad?

ARISTIDES. Sí, señor, como ustedes quieran. (Que familia más especial.)

PANCHO. (Estoy viendo que de aquí salimos a palos.)

MILAGROS. Dígame, ¿será muy bonito?

ARISTIDES. Precioso; tengo absoluta fe que les gustará.

ANTONIO. (Este de... debe ser el amigo que es... es... esperaban de la Ha... Ha... bana).

REMEDIOS. (*A José.*) Por fin conseguiste lo que querías.

JOSÉ. Sí, querida Remedios, gracias a Dios. (*Dirigiéndose a Aristides que estará entre Milagros y José.*) ¿Y dónde lo has dejado?

ARISTIDES. Lo traigo en el bolsillo por temor a que... con un descuido se me pierda.

JOSÉ. ¿Y por qué no le has cortado la punta de las alas?

ARISTIDES. ¿De qué alas?

JOSÉ. De las alas, hombre, ¿de qué alas voy a hablar?

ARISTIDES. Señores: Por lo visto están ustedes tomándome el pelo, y yo no puedo consentir...

JOSE.
REMEDIOS. } ¿Eh?...
MILAGROS.

ARISTIDES. Sí; he entrado y desde el primer momento está usted tuteándome, como si toda la vida nos conociéramos. Ahora me habla usted de las alas.... ¿Qué es esto?

JOSE. (Es tan bromista como su padre.) Vamos, hombre, no te andes con bromas que ya se que le dijiste a mi mujer, antes, que me traías la paloma.

ARISTIDES. ¿Que yo le he dicho a su mujer?... (Pues cada vez comprendo menos a esta gente.)

REMEDIOS. Sí, señor, usted me dijo que quería ver a don José Perez, y que le traía el ejemplar que tanto buscaba.

ARISTIDES. Sí, pero yo me refería...

JOSE. (*Echándolo a broma.*) De donde resulta que quien quiso burlarse fué usted de una familia tan digna...

ARISTIDES. Ya se que su hija de usted...

PANCHO. Comprendemos, no es digna. (*Dirigiéndose a José y Remedios.*) Se va a referir a lo del niño.

JOSE. ¡Qué niño ni qué calabazas! Aquí no hay ningún niño.

PANCHO. Pero, ¿y el niño que dijo usted que había tenido esta señorita?

MILAGROS. ¡Yo un hijo, caballero!...

PANCHO. Su papá de usted me lo ha dicho.

MILAGROS. ¿Es posible?

JOSE. Tu madre me lo ha dicho a mi.

REMEDIOS. Porque a mi me lo ha asegurado Antonio y Pancho.

ANTONIO. Porque a mi me lo dijo Lucas.

ARISTIDES. (¡Jesús, dónde me he metido!)

JOSE. El caso es que usted (*A Pancho*) ha traído este enredo a mi casa y aun no sabemos lo que se propone.

PANCHO. Hombre, que flaco de memoria es usted. ¿No recuerda cuando me dijo que ella tenía cuatro dedos, un lunar en la frente, que la sacaba a paseo su amigo Antonio y, últimamente, que se reservaba el secreto de que había tenido un hijo?

JOSE. Ja, ja, ja... Pero si yo me refería a Corina. (*Todos ríen.*)

PANCHO. ¡Corina! ¿Y a mi qué me importa esa señorita si no la conozco?

JOSE. Pero, hombre, si es la yegua que pensaba darle a cambio de la paloma que creí que me traía usted y que es la que trae aquí. (*Por Aristides.*)

ARISTIDES. Si yo no traigo paloma ninguna. ¿Qué confusión es esta?

PANCHO. (¡Aprieta!) Vamos a ver, ¿no me escribió usted esta carta? (*Sacándola del bolsillo.*)

JOSE. ¡Que he de haber escrito yo esos disparates! Además, esto lo han escrito en Palencia y estamos en Valencia. Aunque algo borrada se conoce que es una P.

PANCHO. (*Fijándose.*) ¡Dios mio!... Sí, esto debe ser una P; como está un poco borrada la tomé por una V, y he ahí la clave de mi error; luego, la coincidencia de llamarse José Perez, como mi tío, me ha confundido y...

JOSE. Sí, sí, casualidades.

PANCHO. Yo le pido humildemente que me perdonen.

ARISTIDES. Y yo que, después de este jaleo, se queden ustedes con mi tango. (*Lo saca del bolsillo.*)

MILAGROS. (*Cogiéndolo.*) ¡Ya lo creo! ¡Por fin llegó!

JOSE. Y yo que se vayan todos de aquí porque si no me voy a hacer el loco y me quedo solo.

REMEDIOS. Espera.

AL PÚBLICO. El autor, siempre constante
con la costumbre observada,
se vuelve a tí y, suplicante,
pide solo una palmada,
o el silencio, que es bastante.

TELÓN

Precio: DOS pesetas